

ORIOI MARIMON, HELENA GONZÁLEZ
Y ELISABET PRATS
DEL GRUPO BIG VAN CIENCIA

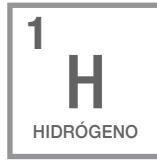
ELEMENTUM Y EL GRAN ROBO DE NAURÚ

Una aventura de periódicas
consecuencias

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
Capítulo 1. Un encargo muy especial	13
Capítulo 2. Una tabla más que periódica	31
Capítulo 3. Un encuentro nada elemental	51
Capítulo 4. Un callejón sin salida	75
Capítulo 5. Una transformación de lo más atómica	97
Capítulo 6. Una salchicha para gobernarlos a todos	121
Capítulo 7. Una traición que rompe enlaces	139
Capítulo 8. Un plan de cuatro puntas	169
Capítulo 9. Un combate a reacción	193
Capítulo 10. Un nuevo equilibrio	221

CAPÍTULO



Un encargo muy especial

El despertador sonó a las 6.57 y golpeó como un martillo el cerebro de Helena. «¡Vaya horas!». Lo apagó de un manotazo y, como si tuviera un muelle en el culo, saltó de la cama y subió la persiana de la minúscula ventana que había en su cuarto. Miró por ella. Apenas había amanecido, lo que no aliviaba el madrugón. Pero ese día era necesario levantarse pronto, tenía que llegar a la facultad a tiempo para entrar sin retraso en la clase de Paleontología; el profe ya la tenía fichada por llegar siempre tarde.

Helena estudiaba Biología en el campus sur de la Universidad de Barcelona, situado al inicio de la avenida Diagonal. La facultad le quedaba literalmente en el quinto pino, pero prefería recorrer cada día los seis kilómetros de distancia y los ciento siete metros de desnivel con su bicicleta de segunda mano con tal de seguir viviendo en las afueras, un lugar tranquilo y desconectado de la escandalera de la gran ciudad.

Helena se había criado en el campo y le estaba costando un poco adaptarse a vivir en la urbe. Toda su vida la había

pasado en la granja de sus padres adoptivos, rodeada de acelgas, coliflores, gallinas y una llama, la llama *Pascuala*. Por raro que pareciese, sus padres la utilizaban como una práctica novedosa de la agricultura orgánica para proteger a las gallinas de depredadores como la gineteta y el hurón. Pascuala y Helena se hicieron grandísimas amigas, cosa que quedaba de manifiesto con los lametones que le daba en toda la cara cada vez que la veía. Como prueba de amor, Pascuala también le lanzaba certeros escupitajos, con algún que otro perdigón, los cuales solían impactar en los ojos de la muchacha. Ambas eran bastante inquietas y muy poco precavidas. Les encantaba hacer largas carreras por los caminos de montaña cercanos a la granja, donde Helena se pegaba testarazos de aúpa, porque era bastante cegata aunque prefería salir a correr sin gafas, pues le molestaban mucho. Pascuala siempre estaba allí para ayudarla a levantarse y lamerle las heridas, que nunca le dejaron cicatriz alguna. De hecho, sus heridas siempre se curaban mucho más rápido que las de los otros niños.

—Venga, Helena, o llegarás tarde —se dijo a sí misma mientras se vestía a toda prisa—. ¿Dónde rayos habré dejado los pantalones?

Era una chica delgada y muy atlética porque adoraba el deporte y lo practicaba a diario. Lucía una media melena morena que raramente peinaba y unas gafas enormes de culo de botella. Se puso unos tejanos gastados, una camiseta de Pink Floyd, una sudadera naranja, unas zapatillas azules de correr y fue a la cocina a prepararse el desayuno. Intentó hacer el mínimo ruido posible, pues compartía piso con Bahram, un joven pakistaní recién llegado a España. Engulló dos tostadas

con tomate, leche con cacao, un kiwi (esencial para después ir bien al baño) y un *rusk*, un tipo de galleta tradicional paquistaní que su compañero siempre dejaba en una bonita bandeja de cobre traída de su ciudad natal. Pero esa mañana esta había desaparecido y los *rusks* estaban desparramados por la encimera. Helena no se percató de ese detalle que, aunque pudiera parecer sin importancia, acabaría cambiando su vida para siempre.

Con el estómago lleno se lavó los dientes, cogió la mochila y salió disparada. Ya en la calle desató su bicicleta. Mientras pedaleaba cuesta arriba por la avenida Riera Blanca, esquivando coches y saltándose los semáforos de forma temeraria e imprudente, repasaba mentalmente todo lo que debía hacer aquel día. Por la mañana tenía clase en la facultad (más le valía acelerar, porque llegaba tarde); y por la tarde había quedado con una de sus mejores amigas, Eli. Aunque Eli estudiaba Química, Helena la quería igual. Se habían conocido dos años antes en la filmoteca. Ambas se habían apuntado al ciclo completo de las obras de Charles Chaplin, y, claro, después de compartir decenas de horas viendo a Charlot y a todos los personajes creados por el genio inglés del cine en blanco y negro, se habían convertido en amigas inseparables. Por la tarde, después de quedar con Eli, tenía clase de natación. Ese día tocaba nadar con aletas. A Helena le encantaba porque conseguía nadar a gran velocidad, y todo lo que fuese ir rápido le generaba mucha satisfacción, hasta cierto gustirrinín.

A las 8.03 entró por la puerta de clase. El profe de Paleontología ya estaba dentro... Qué rápido era, cualquiera

diría que estudiaba fósiles. Aunque Helena estaba físicamente en clase, su cerebro se mantuvo toda la mañana fantaseando con mundos imposibles. Le encantaba imaginar universos en los que no existiese la gravedad o en los que no hubiese agua... ¿Cómo sería allí la vida? ¿Cómo podríamos vivir nosotros en semejantes lugares? Como cada día, la mañana se le pasó volando, aunque en lugar de apuntes siempre acababa con folios llenos de diagramas y esquemas de sus mundos imaginarios. Después de las clases se dirigió al laboratorio número siete de la tercera planta del ala oeste de la Facultad de Química, lugar donde su amiga Eli la había citado. Al entrar se encontró con una estampa bastante divertida. Eli, que era muy bajita y poca cosa en general, llevaba su larga melena rubia recogida en un moño sostenido por un lápiz, una bata de laboratorio que a todas luces le quedaba demasiado grande y, por encima, un cinturón de herramientas a lo leñador, además de gafas de seguridad.

—Pero chica, ¿se puede saber qué haces en este rincón de la facultad? —le dijo Helena, nada más entrar—. No veas lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Helena, ¡qué puntual! Inusual en ti —respondió Eli sin siquiera mirarla—. Observa esta maravilla. El mismísimo Dmitri Mendeléyev estaría orgulloso de mi obra maestra. Te presento mi ¡TABLA PERIÓDICA DE LOS ELEMENTOS!

Eli no dejaba de mirar arrobada, con los ojos inundados en lágrimas de emoción, su fantástica labor. Después de meses trabajando en ella la había acabado. Todas esas tardes, muchas con sus noches, encerrada en aquel lugar habían va-

lido la pena. Por fin la tabla periódica estaba acabada. Y es que Eli la adoraba. A decir verdad, era un poco friki. Bueno, en realidad era una frikaza de libro. A los dieciocho años empezó a estudiar Química en la universidad, donde conoció a más frikis como ella, gente con la que quedaba los fines de semana para grabar vídeos y subirlos a YouTube haciendo reacciones químicas desternillantes. Tanto adoraba Eli la química que había construido una tabla periódica para exponerla en el vestíbulo de su facultad. Tres meses atrás, el decanato le dejó un enorme laboratorio y le cedió todo el material necesario para construirla. Desde entonces, Eli había dedicado todos sus esfuerzos a aquel proyecto tan peculiar.

—¿Es en esto en lo que has invertido todo tu tiempo libre los últimos meses? —preguntó Helena con incredulidad, a la vez que miraba la tabla periódica e intentaba entender por qué algo así podía ser tan importante para su amiga; aún recordaba el agobio que le había entrado cuando en el colegio la obligaron a aprenderse de memoria los elementos de la dichosa tabla.

—Pues claro que sí —espetó Eli, sin entender muy bien el asombro de su amiga—. Gracias a este gran invento de Dmitri, los ciento dieciocho elementos químicos que existen están perfectamente ordenaditos. Sin ella, la química moderna no se habría podido desarrollar y hoy no tendríamos cosas tan maravillosas como los teléfonos móviles o los limpiadores del inodoro.

—Dmitri, el químico ruso —puntualizó Helena.

—Sí, claro —repuso Eli—. Con ese nombre, aunque nazcas en Navalcarnero viene la KGB y te hace ruso. Un

auténtico *crack*. El tío nació en una familia muy pobre con diecisiete hermanos, en medio de Siberia.

—¿Cómo? ¡Diecisiete hermanos! Madre mía, cómo se las gastaban en la Rusia del siglo XIX. —A Helena, que no tenía hermanos, le costaba imaginarse una familia tan numerosa.

Eli siguió con su descripción de la vida de Dmitri:

—Las pasó canutas: su padre murió cuando él estaba en el instituto y su madre se quedó sin trabajo porque la fábrica se quemó. Dmitri, incluso con todas esas dificultades, destacó por ser un excelente estudiante de química. ¿Te imaginas, Helena? Yo no sé si tendría ganas de estudiar con la vida de Mendeléyev.

—Ostras, yo tampoco lo veo claro —contestó Helena.

—Pero este tío era un auténtico *crack*. Sabía un montón y se lo rifaban en las industrias navales, petroleras... hasta en el Gobierno. Todos querían a Dmitri en su equipo.

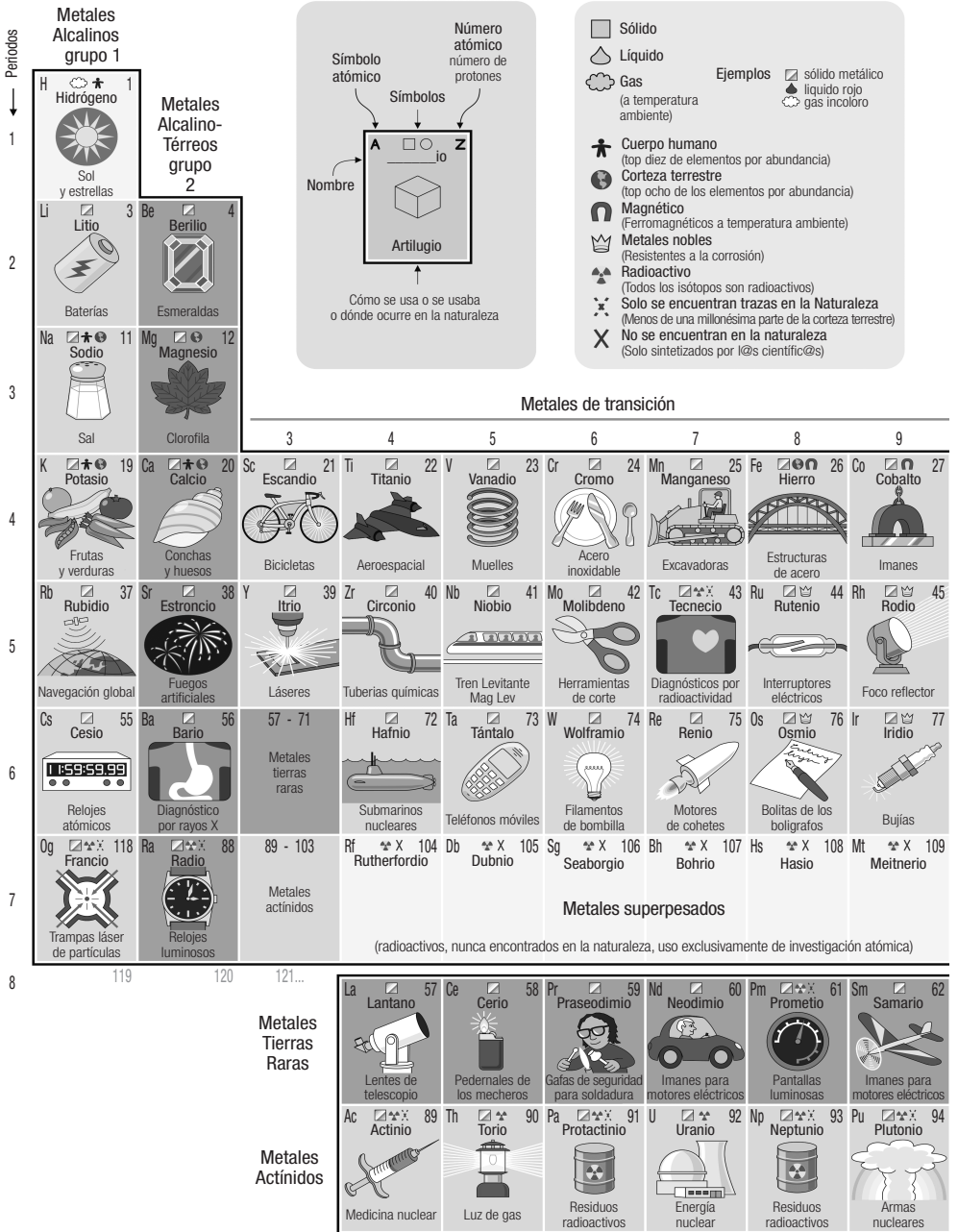
¿Sabías que...?

La tabla periódica, ideada por Dmitri Mendeléyev, ordena todos los elementos que hay en el universo. Ahora probablemente estés pensando: ¿y qué? Pues que los agrupa según sus propiedades químicas. ¡Ja! Esa no te la esperabas, ¿verdad? Mira la tabla de la siguiente página. Verás que desde la izquierda y hasta el medio, más o menos, se sitúan los metales. Son los elementos más guays de la tabla periódica porque conducen la corriente eléctrica. Justo después aparecen los semimetales. Estos

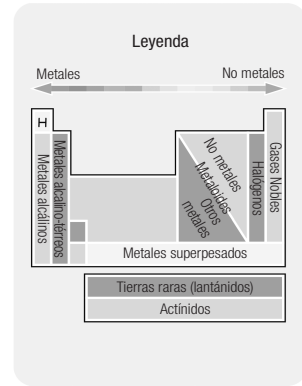
conducen la electricidad a veces sí, a veces no, según las condiciones que se les apliquen. Esta propiedad los convierte en elementos esenciales para hacer satélites espaciales o lavadoras. Qué cosas, ¿verdad? Luego vienen los no metales, entre los cuales están el carbono o el oxígeno, imprescindibles para la vida. A la derecha del todo se encuentran los gases nobles, que no reaccionan con nadie más que con ellos mismos. Y por debajo hay dos filas más. La primera son los lantánidos, los más sociales de la tabla periódica. Es muy difícil encontrarlos en estado puro porque siempre andan reaccionando con otros elementos. Y, para acabar, tenemos a los más radioactivos de la tabla, los actínidos. ¡Toma ya! Mires el actínido que mires, obsérvalo de lejos, porque se está descomponiendo y la radiación que emite no será demasiado buena para ti.

No se sabía a ciencia cierta qué le gustaba más a Eli, si la tabla periódica o la figura de Dmitri Mendeléyev, pero a ambos tenía que rendirles un gran homenaje. Así que hizo una tabla periódica de dos metros de alto y cinco de ancho, algo así como una portería de fútbol. Eli se las había ingeniado para acoplar en esa estructura un cubo de metacrilato para cada uno de los elementos. Los cubos tenían todas sus caras tintadas de negro a excepción de la frontal, que era transparente. De esa manera, se generaba un espacio independiente para cada elemento. En el interior de cada cubo, el elemento en cuestión estaba representado por un objeto del cual forma

La tabla periódica



de los elementos



Metales de transición

10 11 12

Grupo del Boro 13		Grupo del Carbono 14		Grupo del Nitrógeno 15		Grupo del Oxígeno 16		Halógenos 17		Gases Nobles 18	
Boro 13 Equipamiento deportivo	Carbono 14 Base de las moléculas de la vida	Nitrógeno 15 Proteínas	Oxígeno 16 Aire	Fluor 17 Pasta de dientes	Neón 18 Paneles de publicidad						
Aluminio 13 Aviones	Silicio 14 Piedras, arena y tierra	Fósforo 15 Huesos	Azufre 16 Huevos	Cloro 17 Piscinas	Argón 18 Bombillas						
Niquel 28 Monedas	Cobre 29 Cables eléctricos	Zinc 30 Instrumentos de latón	Galio 31 Diodos emisores de luz (LEDs)	Germanio 32 Semiconductores electrónicos	Arsénico 33 Veneno	Selenio 34 Fotocopiadoras	Bromo 35 Películas fotográficas	Kriptón 36 Linternas			
Paladio 46 Control de contaminación	Plata 47 Joyas	Cadmio 48 Pintura	Indio 49 LCDs pantallas de cristal líquido	Estaño 50 Latas de comida	Antimonio 51 Baterías de coche	Telurio 52 Refrigeradores termoeléctricos	Yodo 53 Desinfectante	Xenón 54 Lamparas de alta intensidad (faros)			
Platino 78 Material de laboratorio	Oro 79 Joyas	Mercurio 80 Termómetros	Talio 81 Termómetros de baja temperatura	Plomo 82 Pesas	Bismuto 83 Rociador de incendios	Polonio 84 Cepillos antiestáticos	Astato 85 Medicina nuclear	Radón 86 Implantes quirúrgicos			
Darmstatio 110 radioactivo	Roentgenio 111 radioactivo	Copernicio 112 radioactivo	Nihonio 113 radioactivo	Flerovio 114 radioactivo	Moscovio 115 radioactivo	Livermorio 116 radioactivo	Teneso 117 radioactivo	Organesón 118 radioactivo			

(radioactivos, nunca encontrados en la naturaleza, uso exclusivamente de investigación atómica)

Europio 63 Televisores en color	Gadolinio 64 Diagnóstico por imagen por resonancia magnética	Terbio 65 Lámparas fluorescentes	Disprosio 66 Material de accionadores inteligentes	Holmio 67 Cirugía láser	Erbio 68 Fibra óptica para comunicaciones	Tulio 69 Cirugía láser	Itterbio 70 Fibras para láseres científicos	Lutecio 71 Medicina fotodinámica			
Americio 95 Detectores de humo	Curio 96 Analizadores de minerales	Berkelio 97 Residuos radioactivos	Californio 98 Analizadores de minerales	Einstenio 99 radioactivo	Fermio 100 radioactivo	Mendelevio 101 radioactivo	Nobelio 102 radioactivo	Lawrencio 103 radioactivo			

radioactivos, nunca encontrados en la naturaleza, uso exclusivo para investigación atómica

parte y que es habitual en nuestro día a día: en el cubo del oro había un lingote; en el del silicio, un microprocesador de ordenador; en el del uranio, un fragmento de las barras que se utilizan en las centrales nucleares, y así con todos ellos. En cada cubo había una pequeña luz led, que brillaba con mayor o menor intensidad en función de la cantidad y proporción existente de cada elemento y con su color más característico.

Eli había probado las luces de los elementos una por una, pero aún no las había encendido todas a la vez. Quería reservar un momento tan especial para compartirlo con su amiga Helena, y, de paso, que esta lo grabara todo para luego subirlo a YouTube.

—Toma, Helena, coge esta cámara y graba cuando conecto las luces de la tabla periódica.

Helena agarró la cámara y empezó a grabar. Eli estaba emocionadísima. Dio varios pasos hacia atrás para tener perspectiva y ver su obra maestra al completo.

—Es el momento de la verdad. Mendeléyev, estés donde estés, observa esta maravilla —dijo Eli con tono solemne, convencida de que su vídeo sería visto por millones de personas en el mundo entero.

—A Mendeléyev esto le importa un carajo —replicó Helena en tono burlón—. ¿No sabes que está muerto?

—Calla, que me fastidias el vídeo —replicó Eli. Se dio media vuelta, apagó las luces del laboratorio dejando la estancia en penumbra y enchufó la tabla periódica por primera vez.

Un zumbido eléctrico, similar al que haría una nave espacial al despegar, inundó el laboratorio y todos los elementos se iluminaron, mostrando la tabla periódica en todo su esplendor.

—¡EUREKA! Funciona a la perfección. Soy la *Fucking Master of the Universe* de la química.

Eli gritaba, fuera de sí, y corría por el laboratorio haciendo el avión con los brazos extendidos, las gafas de seguridad puestas y la cabeza estirada hacia adelante, mientras Helena la grababa sin perder detalle. Pero, sin previo aviso, se produjo una leve explosión en la parte trasera de la tabla periódica que originó una cascada de chispas. Duró varios segundos, hasta que se apagó por completo. El laboratorio quedó a oscuras y Eli se dio de bruces contra el armario de seguridad de los reactivos inflamables.

—¡Me cagüen... \$%&”@>!

La palabrota de Eli se escuchó en toda la facultad y en parte del extranjero. Encendió la luz del laboratorio y, al hacerlo, se encontró de frente a Helena, que grababa un primer plano de su cara de odio, frustración y rabia.

—Eso es, Eli, mira a la cámara. Madre mía, esto lo va a petar en las redes sociales, tía.

Era obvio que Helena no entendía la magnitud de la tragedia. Eli ni siquiera se molestó en corregirla. La esquivó, retirando la cámara con la mano, como un famoso evita ser grabado por la prensa del corazón, se acercó a la tabla periódica, sacó su multímetro profesional y empezó a buscar el fallo que había hecho naufragar su ilusión. Helena dejó la cámara y ayudó a su amiga. Tras más de dos horas comprobando todas las conexiones, parecía que no había ningún fallo importante.

—Eli, son más de las siete y media de la tarde —observó Helena—. Me sabe mal, pero tengo que irme o no llegaré a mi clase de natación. Si quieres, mañana seguimos.

—No te preocupes, Helena —contestó Eli, agradecida de corazón por la ayuda y el apoyo de su amiga en aquellos momentos tan difíciles—. Yo voy a seguir un rato más con esto. Si no consigo arreglarlo, te aviso y mañana continuamos.

Eli siguió trabajando. Comprobó de nuevo todas las conexiones, reforzó las zonas más delicadas y mejoró un par de chapucillas que había hecho en la parte de atrás para ahorrar un poco de tiempo; entonces decidió intentarlo por segunda vez. Apagó las luces del laboratorio, cogió la toma principal de la tabla periódica y con sumo cuidado la volvió a enchufar. El sonido de nave espacial se repitió y la tabla periódica se encendió con éxito. Eli miró a derecha e izquierda, sin querer creérselo del todo. Se acercó a los elementos con miedo, por si se producía una nueva explosión, pero todo parecía normal. Estaba a punto de gritar de alegría cuando de repente las luces de los cubos se volvieron locas: se encendieron y apagaron de manera dispar, como en una discoteca con un DJ poseído. Las luces cegaron a Eli, que cerró de inmediato los ojos. Al hacerlo, percibió por todas partes esas típicas manchitas naranjas que uno ve cuando le hacen una foto y odia profundamente al que ha puesto el *flash* sin avisar. Las luces de los elementos se atenuaban, apagándose y encendiéndose sin ningún tipo de orden ni patrón, como si hubiesen cobrado vida. Aquello, más que un laboratorio, parecía la discoteca Pachá en el Día del Orgullo Friki. Eli, obnubilada por el festival de luces, desenchufó la tabla periódica, encendió las luces del laboratorio y se sentó abatida en uno de los taburetes. Intentó buscarle el lado positivo al asunto: al menos esta vez la tabla periódica no había explotado. Miró su reloj.

—¡Vaya! ¡Las nueve de la noche! ¡Otra vez se me ha hecho tarde!

En los últimos tiempos la Facultad de Química parecía su segunda casa. Y entre la construcción de la tabla periódica y las clases, llevaba prácticamente un mes sin llegar a tiempo para la cena.

—No sé cómo lo hago, pero siempre me pasa igual. ¡Ay!, la ciencia nunca descansa...

Eli dejó en la poyata el cinturón de herramientas, las gafas de seguridad y la bata, lo que la llevó a darse cuenta de un hecho un tanto misterioso: encima del banco de experimentación había aparecido un samovar, un recipiente metálico en forma de cafetera alta, equipado con un infiernillo para calentar y preparar el té. Un aparato típico de Rusia, aunque este era de color rosa fucsia y llevaba los títulos de todas las novelas de ciencia ficción de Isaac Asimov grabados en caracteres cirílicos. El samovar estaba lleno de té calentito, acompañado por una taza del mismo color, un pequeño surtido de dulces rusos y una extraña nota en la que podía leerse la siguiente inscripción en letras doradas: *Instrucciones para devolverlos. Come y entenderás.*

OJO AL DATO FRIKI

Isaac Asimov, de origen ruso, fue profesor de Bioquímica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston, pero es más conocido por sus obras literarias de ciencia y de ficción, y, sobre todo, por la mezcla en que

fue un auténtico maestro: la ciencia ficción. Algunas de sus novelas han sido llevadas al cine, como *Yo, Robot*, escrita en 1950, o *El hombre del bicentenario*, de 1976, y protagonizadas a finales de los noventa y a principios de los 2000 por Will Smith y Robin Williams, respectivamente. Fue pionero en imaginar la inteligencia artificial y empezar a debatir sobre la ética implícita en ella, tema muy candente en la actualidad. Además, como buen divulgador científico, escribió en 1965 el libro *Breve historia de la química*, en el que explicaba esta ciencia de manera amena desde sus inicios hasta la revolución nuclear. ¡Pero, cuidado! La ciencia avanza muy deprisa, así que esta obra contiene incorrecciones (digamos «desactualizaciones»), ya que actualmente se tiene un conocimiento mucho más profundo sobre la química.

A Eli se le dibujó una sonrisa en el rostro al contemplar el samovar.

—Debe de haber sido el conserje, ¡qué majo!

El año anterior, cuando estaba en segundo de Química, se llevó un susto inolvidable: perdió los apuntes unos días antes de un examen (eso era peor que un *spoiler* de la mejor de las series). Significaba tirar a la basura meses de trabajo. Por suerte, el conserje de la facultad los encontró y se los devolvió. Como Eli sabía que era un forofó de Asimov y de todo lo ruso en general, en agradecimiento decidió regalarle un samovar portátil. De allí surgió una bella amistad entre ambos.

Eli se sentó justo enfrente del té y de las pastas. Estaba tan cansada y hambrienta que no le pareció extraño que el conserje fuese capaz de llevarle todo aquello sin que ella se hubiese dado cuenta. La muchacha se deleitó con la bebida y la comida, observando la tabla periódica y preguntándose qué habría ocurrido para haber lanzado chispas y luego haberse vuelto tan loca. Acabó con casi todo el té y con todos los dulces, apagó la luz del laboratorio, salió de la facultad, desató su bicicleta, que era la última que quedaba en el oscuro y solitario aparcamiento de la Facultad de Química, y emprendió la marcha hacia su casa.

Era primavera y hacía un tiempo muy agradable. Una suave brisa acariciaba su cara mientras conducía despacio por el carril bici de la avenida Josep Tàrradellas cuando le pareció que algo iba mal. De manera repentina sintió una creciente inquietud mezclada con un ligero mareo. «Creo que el té no me ha sentado bien», pensó. «¿O habrán sido los dulces?».

Siguió pedaleando y, al intentar fijar la mirada en la carretera, empezó a ver imágenes fantásticas, formas extraordinarias con intensos juegos de color caleidoscópico, hasta que del fondo de la avenida surgió un enorme volcán que invadió la calle. Eli se detuvo estupefacta y observó cómo el supuesto volcán entraba en erupción, escupiendo una enorme bola de lava de color escarlata que voló y aterrizó a pocos metros de donde ella se encontraba, mientras sostenía como podía la bicicleta, con las cejas tan alzadas por el asombro que casi le tocaban el flequillo. Al impactar contra el suelo, la bola de lava estalló en miles de gotas minúsculas que revolotearon a

su alrededor, cual mariposas monarca en su migración hacia América del Norte. Las gotitas se organizaron para su asombro formando una oveja de las nieves, un mamífero artiodáctilo de más de un metro de altura, con dos imponentes cuernos enroscados sobre sí mismos y una extraña y larga barba, rizada y blanquecina; una barba que no encajaba con el resto de su cara y que le confería un aspecto nada amistoso. Más que una oveja, aquello parecía una cabra montesa.

—Están en peligro —dijo una voz arisca y gutural que salió de la boca de la oveja de las nieves.

—¿Cómo? —preguntó Eli, atónita.

—Qué pasa, ¿no te has lavado las orejas hoy o qué? Te digo que están en peligro —respondió de nuevo aquella visión en forma de oveja formada por miles de minúsculas gotas de lava escarlata.

—Uy, perdona —replicó Eli un tanto molesta, y siguió hablando con cierto retintín—: Resulta que no todos los días un volcán me cierra el paso a casa y escupe una cabra parlante. Estoy flipando un poquito y no te he entendido. A ver, ¿quién está en peligro?

—Antes de nada, no soy una cabra. Soy una oveja de las nieves, típica de Siberia. ¿Es que no os enseñan biología en clase?

Evidentemente a Eli no le habían enseñado la fauna siberiana en el instituto, y menos en la universidad. Ella era química. Quizá su amiga Helena, que era bióloga, sí lo sabría. La oveja parlante volvió a dirigirse a la muchacha:

—Están robando los elementos. Debéis evitarlo —informó la oveja moviendo los labios y aquella estrafalaria barba.

—¿Los elementos químicos? —Eli cada vez estaba más sorprendida.

—¿Qué elementos si no? —replicó la oveja—. Debéis evitar que los roben. Utilizad la tabla periódica.

Dicho esto, la oveja, el volcán y toda aquella alucinación desaparecieron para dejar lugar de nuevo a la avenida Josep Tarradellas que Eli tanto conocía. Esta sacudió la cabeza como para despertarse, se frotó incrédula los ojos con ambas manos. Miró a derecha e izquierda en busca del volcán y la oveja, pero allí solo había una pareja de turistas japoneses que la observaban con asombro y le hacían fotos con el móvil. Eli les obsequió con una sonrisa nerviosa, se subió de nuevo en la bicicleta y se fue a casa pedaleando a la máxima velocidad que le permitían las piernas. Al llegar a su piso de estudiantes se metió rápidamente en su habitación. Estaba descompuesta. Cogió el móvil y escribió al grupo de wasap más importante que tenía: *Chusma de la güena*. Era el grupo que compartía con sus tres mejores amigos: Orilo, Ricardete y, por supuesto, Helena.

—Chatunos, no os vais a creer lo que me ha ocurrido. Volviendo a casa, he tenido unas alucinaciones que me hablaban y me decían que ESTÁN ROBANDO LOS ELEMENTOS QUÍMICOS. Tenemos que hacer algo utilizando la tabla periódica, aunque no sé qué. Reunión urgente, ahora, ya, en el laboratorio número siete de la tercera planta del ala oeste de la Facultad de Química.

Eli le dio a «Enviar». Esperó y esperó, pero no apareció el doble tic azul que indicaba que sus tres amigos habían leído el mensaje. Es más, alguno de ellos ni siquiera lo había recibido. Para hacer un poco de tiempo, decidió darse una

ducha rápida. Entró en el baño y conectó su teléfono móvil a un altavoz *bluetooth* por el que sonó una de sus canciones favoritas. Tenía una lista de reproducción llamada *Cantar bajo el agua*, que contenía temazos musicales, todos ellos de entre tres y cuatro minutos de duración. Se había propuesto desde hacía años ducharse en menos tiempo de lo que duraba una de esas canciones, y siempre lo conseguía. Quería asegurarse de que no pasaba más de tres minutos y medio bajo el agua caliente. Era una de las acciones que hacía en su día a día para intentar salvar al planeta del cambio climático. En ese momento sonaba la canción *T.N.T.* de AC/DC. Una vez aseada, se metió directamente en la cama y volvió a comprobar el móvil. Nadie había leído aún sus mensajes, así que respiró hondo varias veces y volvió a escribir:

—Vale, reunirnos hoy es un poco precipitado. Nos vemos mañana a las nueve y cuarto de la mañana en el bar de la facultad. No faltéis, ¡esto es muy gordo!

Dejó el móvil en la mesilla de noche y fijó la mirada en el techo, pensando que sería una de esas noches de dar vueltas y más vueltas sin poder dormir, pero estaba tan agotada que en unos segundos cayó rendida de sueño.

